



"Historietas con y sin palabras", en la Sala Prosperidad.

y desencadenó una epidemia de peste y la del vendedor que murió por no curarse un fleumón. Los actores respetan las líneas generales de esas tres historias, aunque a veces cambian el texto. Además, añaden canciones y nuevas historias —por lo general, sin palabras—, que contribuyen, en su conjunto, tanto a aproximar más la obra como a darle un carácter más cómico, más espeso, que el que propone el original. El resultado fue, sin duda, eficaz, ganándose progresivamente la atención de los espectadores.

Lo importante de la sala es lo que tiene de instrumento abierto a un tipo de comunicación teatral que, necesariamente, generará unas formas distintas. Por mi parte, he de decir que, una vez sumergido en el público, acepté estas "Historias con y sin palabras", basadas en la obra de Dragón, como un trabajo que sirve para el desarrollo del nuevo camino. ■ JOSE MONLEON.

Paco Nieva, en el Martín

El Martín, después de varios bandazos, incluido el de las bellas señoritas en sesión continua, se ha metido por un nuevo camino. Del éxito dependerá —porque se trata de una empresa totalmente privada— que ese camino sea un bandazo más o un nuevo respiro en la cartelera teatral madrileña. Por la importancia que el hecho tiene, no sólo lo señalamos, sino que expresamos nuestro deseo de que vaya adelante. En última instancia, es un nuevo "test" a la sociedad madrileña.

Después de "Flowers" —que fue el trabajo de ruptura— vino La Trinca. Y ahora ha sido la libérrima versión de Nieva sobre "La paz", de Aristófanes, ya juzgada en su día en esta sección, a raíz de su estreno en el María Guerrero, la que ha reafirmado la nueva trayectoria del Martín. A la vuelta de la esquina esperan ya un "cabaret político" —que se simultaneará con "La paz"— y "Schweik en la segunda guerra mundial", de Brecht, que los de Tábaro continúan presentando en la Villarroel de Barcelona.

En todo caso, si nos atenemos a los espectáculos presentados por el Martín en su nueva etapa, domina en ellos una característica especial, como si el que fuera tantos años el más famoso de los teatros madrileños de revista le hubiera dado un carácter que ahora se trataría de conciliar con la calidad. La ruptura, por decirlo con otras palabras, se ha producido sin abandonar ese tono festivo, que, en el campo del teatro independiente, han asumido, de un modo crítico, los de Tábaro, y en otro, más autoral, un tipo de espectáculos entre los que ocupa un puesto la versión que Nieva ha hecho de Aristófanes. Versión culta, verbalmente deslumbrante, que no pretende mantenerse fiel al original, sino utilizarlo.

El reparto es sustancialmente el mismo —Julia Trujillo y Carlos Lemos al frente— que el anterior; quizá el montaje encaje mejor, por el espíritu de la obra, en un escenario como el del Martín, menos solemne que el del teatro nacional. La reposición fue un éxito, que debe contribuir a afianzar los propósitos perseguidos. ■ J. M.

CINE

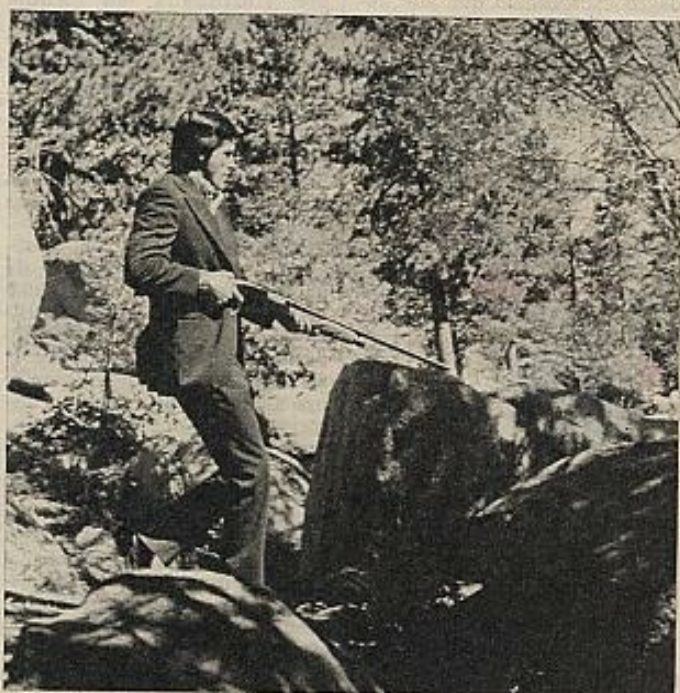
"The Nickel Ride" ("El hombre clave")

Tras el éxito comercial de "Verano del 42" y la indiscutible obra maestra "El otro", Robert Mulligan realizó una película, "The Nickel Ride" (1974), que continúa una trayectoria coherente respecto al rigor, la inquietud creativa y la imaginación. "El hombre clave", según se ha traducido en España, es una obra que elude cualquier tipo de concesión. Entroncada en un género concreto —el "thriller"—, Mulligan lo aprovecha sólo en la medida en que el ambiente, las situaciones y la problemática de su personaje central tienen ya, en la tradición de dicho género, unas claves conocidas por el espectador, pero es capaz al tiempo de aplicarle una estética distinta cercana en ocasiones al onirismo (como lo hiciera espléndidamente en "El otro"), si ello aclara con más exactitud la soledad, la angustia de ese personaje central.

Personaje que tiene mucho que ver con otros antihérojes del cine norteamericano, pero que, en definitiva, se relaciona con la angustia de toda una gene-

ración (con el "Fat City", de Huston), de unos hombres que ven en un momento de su vida cómo los mecanismos de relaciones con los que ha vivido hasta entonces desaparecen precipitadamente. El hombre clave de esta película, relacionado a una ambigua banda de "gangsters" (ambigüedad referida a su discutible clandestinidad) de la que es el eslabón fundamental e imprescindible, ha pasado de moda. Otros momentos, otros intereses, van a desbancarlo. Angustiado en su propia inutilidad, sin entender del todo las razones que le marginan, este hombre clave, que entra, por otra parte, en una etapa de su vida donde la muerte parece casi única esperanza, tratará de continuar su trabajo a pesar de todo, negándose a ser un simple objeto a merced de otros.

En este sentido, Mulligan ha planteado su película con las mismas elipsis, con la misma ausencia de datos que el personaje vive. "El hombre clave" sigue de cerca la trayectoria de esta víctima, observándole en todos sus momentos, en todas sus reacciones. Lo que él ignora, también lo ignora el espectador. Y aquí aparece esa ausencia de concesiones antes referida. La dureza o la sequedad de la narración se acompaña de un tono triste, patético, amargo. El que lógicamente proviene de la consideración que Mulligan tiene de nuestra sociedad, de su propia situación de director cinematográfico sujeto al orden de la oferta y la demanda. El hombre como valor de cambio es, en última ins-



"The Nickel Ride", de Robert Mulligan.